

Prefacio

¡Ay, cuánto puede por sí misma la luminosa belleza!

Elegías. PROPERCIO

Pensar en la luminosa belleza es una necesidad humana que se acrecienta con el paso del tiempo y cuando se sufren las consecuencias de las ausencias definitivas. La situación límite de la esperanza defendida con suma tenacidad, pero finalmente derrotada, nos abre la mirada hacia nuevas perspectivas. A partir de entonces, esa búsqueda de la belleza prosigue todavía con mayor intensidad y con la hondura de la experiencia vivida, al mantenerse siempre el anhelo de protección frente a la intemperie moral. La belleza es un advenimiento necesario, difícil y deslumbrante, muchas veces fragmentario, que aparece de pronto y requiere cierta distancia, en un proceso de evolución creativa, donde siempre es renovadora, deja una huella indeleble e incluso puede llegar a ser subversiva, especialmente en un entorno de incertidumbre.

Los breves capítulos mediterráneos de este libro se inician con la evocación petrarquiana de la estimada Laura y los otros capítulos, de los litorales americanos, con el camino dantesco hacia la sonriente Beatrice. Los largos viajes y las trayectorias vitales como proyectos en construcción, a veces compartidos con entusiasmo junto a los seres amados, se suceden en estos capítulos, en tiempos y espacios geográficos muy diferentes. Podemos encontrar la belleza en paisajes y seres de la naturaleza donde surge con frecuencia el trasfondo, elegante y armónico, de una misteriosa relación con la geometría euclidiana y la sucesión matemática de números naturales; en acciones

humanas de profunda hermosura moral frente a la infamia; en gestos casi imperceptibles, que abren un punto de fuga hacia el sentido de lo eterno; y en los caminos tenaces del artista, en su contemplación y ensueño hacia la imposible perfección.

La actividad creativa en esa búsqueda incansable de la belleza está íntimamente unida a los espacios habitados, donde también es necesario preservar una parte de soledad, para proyectarse desde ella al exterior, en un sosiego que permita una intensa capacidad de concentración. El pequeño estudio para el poeta Alberti, dibujado por el arquitecto Bonet, en el final de un largo muro que delimita su jardín, entre los pinares uruguayos del exilio, es un magnífico símbolo de un espacio construido con pocos medios y materiales sencillos que sintetiza dos necesidades básicas del creador: soledad y concentración. Esas habitaciones del pensamiento nos permiten emprender las evocaciones más lejanas, con nuevas miradas que se extienden hacia un pasado que se prolonga, en un diálogo enriquecedor con la presencia de los ausentes más admirados que consolida nuestro edificio de la memoria.

Barcelona, primavera de 2020

Laura en el edificio de la memoria

A Laura Gayán Félez, compañera desde los veinte años

Te me haces presente en las pequeñas cosas y es en ellas que te pienso y que te evoco, seguro como nunca de que la única esperanza de sobrevivir es amar con suficiente fuerza para convertir todo lo que hacemos en vida y acrecentar la esperanza y la belleza.

Llibre d'absències. MIQUEL MARTÍ I POL

La lira de Francesco Petrarca se convirtió en llanto tras la ausencia prematura de su amada Laura de Noves. Sus miradas se habían cruzado, en su primera juventud, al inicio de la primavera del año 1327, en la iglesia de Santa Clara, ubicada en la histórica ciudad provenzal de Aviñón, que en aquellas décadas era sede papal, a orillas del caudaloso río Ródano. Aquella mañana, Laura llevaba un largo vestido verde con flores violetas estampadas y un collar de perlas. Petrarca quedó conmovido por su belleza, en el inicio de un amor eminentemente literario, al que dedicó su obra poética, en una renovación —anticipadora del Renacimiento— de la expresión amorosa entre dos almas. El lírico y humanista italiano recordó en sus canciones de carácter sentimental a su amada, vestida de sol y coronada de estrellas, que murió joven, por los estragos de una terrible epidemia que asoló la ciudad y causó una enorme mortandad en el continente europeo. La inesperada ausencia de Laura le hizo entrar en una profunda crisis espiritual durante el período de veintiséis años entre la muerte de ambos.

La meditación conmovedora sobre el origen de la vida y la certeza de la muerte fue frecuente en el pensamiento

del poeta, que escribió un libro, titulado *Mi secreto*, sobre el conflicto de sus preocupaciones, en un diálogo con Agustín —un personaje a semejanza del santo— y una dama muy hermosa —la Verdad— que brillaba con un halo indescriptible. Esas meditaciones fueron la manera más eficaz para conocer a fondo sus fluctuaciones internas, intentar alcanzar la serenidad del alma y despreciar todas las tentaciones, como la acumulación desmesurada de bienes, en este frágil mundo terrenal.

El *Cancionero* de Petrarca se dividió en dos partes: “En vida de Laura” —la parte más extensa del libro—, con apasionados sentimientos hacia su belleza y por el amor que transformó al poeta en vivo laurel verde; y “En muerte de Laura”, donde evocó con una profunda melancolía el dulce tiempo que se había ido, la brevedad de la vida de su amada que pasó como un rayo fugitivo, su ausencia que encaneció prematuramente sus sienes y los espacios concretos que ella habitó en la ciudad de Aviñón. En su obra literaria aparecen con frecuencia esas meditaciones, durante su larga experiencia, sobre nuestro interior y la influencia del lugar en el espíritu, manifestando su preferencia por los espacios boscosos y libres, en una vida retirada, campestre y sencilla, sin fastuosidades ni ruinas doradas.

El poeta encontró ese espacio mítico en una modesta casa de la pequeña población provenzal de Valclusa, cerca de Aviñón, que había conocido cuando era niño y donde pasó una década, en cuatro largas estancias que consideró inolvidables porque fueron propicias al estudio en un entorno de austeridad, con la belleza de su conocida fuente, los murmullos de las aguas cristalinas, los cantos diurnos y nocturnos de los pájaros, entre las ramas de sus bucólicos y fértiles paisajes boscosos en las riberas del río Sorga.

Laura fue evocada con frecuencia por su amante en la naturaleza renacentista, donde ella permanecía en la memoria terrenal. Su nombre es el femenino de *lauro*, el árbol laurel, de hojas aromáticas de color verde oscuro y envés más claro, originario del área mediterránea. La metamorfosis en un laurel del cuerpo de la ninfa de los árboles, llamada Daphne —que significa laurel en griego—, le permitió escapar de las presiones acuciantes de Apolo, dios olímpico del sol, la luz, la belleza y las artes, en una huida que aumentaba su hermosura mientras el viento desnudaba su cuerpo. Con las hojas de sus ramas, tan citadas por el poeta romano Virgilio, se hacían las coronas que premiaban a los héroes y poetas laureados, como el propio Petrarca en el Capitolio. También hay una identificación fonética de Laura con *l'aura*, personificación divina de la brisa en la mitología griega y romana. *L'aura* suave y apacible movía armoniosamente, en los versos de Petrarca, la hermosa cabellera de Laura. En sus poemas del *Cancionero* son frecuentes las referencias a este áureo, largo y ondulado cabello de sedosos bucles de su amada, a los verdes lauros, siempre protegidos de los rayos, y a *l'aura* —en un juego con su nombre— sobre los frondosos y umbríos laureles contemplados en las riberas azules del mar o en el bucólico río Sorga, mientras evocaba a Laura y compartía con la corriente de agua su imagen y sus lágrimas:

Crezca el verde laurel en fresca riba,
y aquel que lo plantó altos pensamientos
bajo su sombra al son del agua escriba.

Su belleza indescriptible con las palabras y casi inconcebible en su pensamiento, dio una gran intensidad a la vida del lírico toscano que nació en el exilio de Arezzo,

aunque siempre se consideró florentino como sus padres. Petrarca optó por una vida austera —de estudio y meditación— y prefirió el silencio y la soledad —del espacio, la noche y el espíritu— en sus paseos por las montañas, bosques y prados, junto a las riberas de los ríos, en una huida de la hostilidad y el bullicio de las ciudades; estudió Derecho en Bolonia, pero abandonó aquellos estudios por las Humanidades; y se adentró con entusiasmo en la cultura griega y latina —especialmente en las obras de Homero, Platón, Cicerón y Virgilio—, en una búsqueda incesante de viejos manuscritos, con una mirada pluridisciplinar de carácter literario, histórico, geográfico, arqueológico, filosófico y pictórico. El poeta encargó un retrato de Laura a su amigo Simone Martini, un pintor sienés que trabajó en Aviñón durante muchos años. Este enigma del cuadro perdido se une al del propio nombre real y la existencia de la mujer retratada.

El libro de las *Confesiones* de san Agustín siempre lo acompañó, incluso en el ascenso al Monte Ventoso, la más alta montaña, de casi dos mil metros de altura, sobre la llanura provenzal. Tras contemplar sobre las nubes el formidable paisaje desde la cima de piedra calcárea, sin vegetación ni árboles, con la mirada dirigida hacia su estimada Italia, que alcanzaba más con su espíritu que con sus ojos, decidió abrir el libro que llevaba en el bolsillo para releer, completamente al azar, este fragmento sobre la importancia de la mirada hacia el interior: “Se van los hombres a contemplar las cumbres de las montañas, las grandes mareas del mar y el ancho curso de los ríos, la inmensidad del océano y las órbitas de los planetas; y de sí mismos no se preocupan”. Durante todo el descenso del monte fue meditando, atónito y en completo silencio, sobre la idea de que nada puede compararse ni es tan admirable como el alma.



Primer encuentro de Petrarca con Laura. William Cave Thomas, pintor prerrafaelista (1820-1906). Al fondo, a la derecha, la iglesia de Santa Clara de Aviñón.

Después de la pérdida de ese amor conmovedor y sostenido, que también está en la génesis del ingenio creativo, la tristeza se va tornando más serena, con el paso acelerado y huidizo del tiempo, aunque la oquedad de la ausencia permanezca fijada en un trasfondo de melancolía. Las personas ausentes están al otro lado de una frontera que separa la vida de la muerte, pero como Petrarca las

sentimos siempre muy cercanas. Nos resistimos con mucha tenacidad a cruzar esa línea, que no permite regresar, y será el ser amado que sobrevivió quien retorne con el inexorable transcurso del tiempo, ya sin ningún temor por traspasar la línea tenue que oscurece nuestros paisajes más luminosos, en un nuevo abrazo de reencuentro tras años de obligada distancia. Un abrazo silencioso, profundo, coherente en su trayectoria con los de aquellos momentos angustiosos de las noticias más desalentadoras. Después de compartir durante tantos años las mejores salas en nuestro edificio de la memoria, nos encontraremos, ya juntos para siempre, como Abelardo y Eloísa, en su amor medieval, tras la densa arboleda de pinos y frente a los azules del litoral mediterráneo, en el descanso definitivo.

Petrarca conoció por la carta de un amigo, recibida varias semanas después en Parma, la triste noticia de la pérdida de Laura, desde la lejanía, justo cuando él estaba en Verona —sin conocer su destino—, y entonces se mostró convencido de que su alma había retornado al cielo llevándose también, en aquel momento, una parte esencial de su propia vida, que aunque se extendería más de dos décadas y media ya nunca sería la misma, al no ser posible una superación de aquella ausencia. Su reacción inmediata fue de sereno dolor y escribió, al poco tiempo, unas hermosas palabras de recuerdo a su amada en la contraportada de un códice de su admirado Virgilio —con una miniatura del pintor Martini en la cubierta—, que siempre tenía cerca, para poder releer con frecuencia aquella página que se inicia con la evocación del primer encuentro en la iglesia de Santa Clara y finaliza con una referencia a las inútiles preocupaciones del tiempo pasado. Sus meditaciones sobre la muerte, que todo lo oscurece, se convir-

tieron en el centro del conflicto de sus preocupaciones, en una larga y agitada trayectoria vital a la búsqueda de un puerto seguro para el final.

La ausencia de Laura dejó profundamente entristecido al poeta, que sólo sintió cierto alivio al pensar que todavía era más hermosa, que su belleza sería eterna en el cielo donde ella seguía viva, aunque pareciera muerta, y que desde allí su amada lo esperaría para reencontrarse en un nuevo abrazo, que llegaría veintiséis años después, cuando en una madrugada sus familiares lo encontraron reclinado, según la tradición, como si estuviera dormido sobre las páginas de un libro. Estas ausencias definitivas, los hondos dolores que nos obligan a adaptarnos a las nuevas realidades, de diferentes maneras y con variados ritmos, y las ideas esperanzadas de algún tipo de reencuentro se han ido sucediendo en los siglos posteriores. La desoladora pérdida de la amada de Petrarca quedó como un arquetipo universal, con una huella indeleble por la muerte de Laura, conocida con posterioridad y de manera tan súbita que impidió la posibilidad del adiós. En unos breves instantes todo cambió: el de la primera mirada había sido el inicio hacia la elevación amorosa, mientras que en la lectura de la carta se levantó la arrebatadora ola de la muerte. El amor de Petrarca tuvo seguramente rasgos más humanos y reales en su canto que la abstracción idealizada de Dante de lo bello, verdadero y bondadoso en Beatriz.

En otros casos, siguiendo este arquetipo a lo largo de los siete siglos posteriores, ha sido posible compartir una despedida larga, llena de dignidad, incluso a veces con el retorno a casa como el espacio íntimo de las últimas semanas. Se trata de un espacio arquitectónico más cálido y de palabras protegidas cuando la dureza de la estancia hospitalaria, en un entorno más impersonal, pierde su